

LA NOVELA FILM

N.º 143

30 cts.



CRIMEN Y CASTIGO

POR

CAROL DEMPSTER - JAMES KIRKWOOD - W. C. FIELDS

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción
Administración

Cortes, n.º 651
BARCELONA

Año IV

N.º 143

CRIMEN Y CASTIGO

Preciosa película americana, interpretada
por los grandes artistas

**CAROL DEMPSTER, HARRISON FORD,
JAMES KIRKWOOD, etc.**

Producción **PARAMOUNT**

EXCLUSIVA DE

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal de
BEN WILSON

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Crimen y castigo

Argumento de la película

En Chicago, la inmensa ciudad norteamericana, tenía su residencia el juez Clarke, un hombre enérgico, e inflexible cumplidor de la ley. Con un espíritu cerrado, rechazaba la idea de que los Estados Unidos tuviesen que ser una amalgama de todas las nacionalidades, y en su criterio particular abrigaba la convicción de que los extranjeros eran responsables de los crímenes cometidos en su país.

Daisy Royle, dependienta de un puesto de periódicos, situado en el centro de la ciudad, había sido educada en la inconsciencia y desconocía preocupaciones. Era una muchacha buena por temperamento, pero cuyas travesuras le habían causado más de un perjuicio.

Un día, por haber sostenido un violento altercado con otro vendedor de periódicos, el dueño del kiosco, harto de que aquella niña se pasara la vida peleando-

se, la dejó cesante. Ya que parecía una fierecilla salvaje, lo mejor era que buscara un domador.

—¿Con que me echa usted?... ¡Lo siento porque no encontrará a nadie como yo!...

Y colocándose gentilmente el sombrero, y después de obsequiar a su antiguo principal con varias muecas de su propiedad, marchó, como un pajarillo libre, a rodar por las calles de Chicago.

Hacia sol. Un día sereno que daba un tono brillante a los jardines. Daisy se encaminó al parque de la ciudad. Ante la estatua de Lincoln, sintió la admiración que le causaba el grande hombre y acarició devotamente la base del pedestal. Lo adoraba, aquel ser que había predicado en que el derecho era la fuerza, emocionaba su corazón. Contempló su perfil enérgico, de conductor de multitudes, de espíritu recto y enamorado de la justicia... ¡Oh Lincoln!... Después, volvió a pasear por el jardín, todo saturado de luz, con flores que el calor de la primavera hacía estallar en preciosos matices.

Cuando regresó a su casa, situada en uno de los barrios más humildes de la capital, le esperaba un espectáculo desagradable. Le habían puesto los muebles en la calle por falta de pago, y el padre de Daisy discutía acaloradamente con el propietario, censurando el inoportuno desahucio.

El padre de Daisy era uno de esos hombres que no han trabajado nunca: era de familia distinguida y había sido rico y pobre una porción de veces. En su traje, en sus maneras, demostraba su distinción. Ultimamente, rodeado por la miseria, había consentido que su hija le mantuviera, y se paseaba la mayor parte del día en las tabernas o paseando con amigos, tan virtuosos como él. A su esposa imposibilitada por una larga dolencia tuvieron que sacarla en un carrito de ruedas, dejándola en medio de la calle,

en el preciso momento en que Daisy llegaba del jardín.

La joven puso el grito en el cielo al ver la escenita.

—¡No toque usted a mi madre!—le dijo a la dueña del piso que discutía acaloradamente con la enferma.

Arremetió contra ella con la ligereza peculiar de sus puños, iniciando una velada de boxeo capaz de hacer felices a muchos aficionados. Entretanto, el padre, disputaba con el propietario, pero éste, hombre forzado le derribó sobre un colchón.

Y como eran más débiles, perdieron. Tuvieron que pasar la noche a la intemperie, abrigándose con las escasas mantas que les quedaban. Pensando en el hogar perdido, durmieron sin sosiego, con esa intranquilidad de las pobres gentes, jamás seguras del mañana.

Al siguiente día, Daisy, fuerte y juvenil, se dedicó a buscar empleo. Tuvo suerte. La colocaron en una casa de modas para conducir el ascensor. La pagaban mal, pero así y todo, lograron alquilar un pisito... y comer... Eso, sí, debiendo a la mitad de la gente. Daisy, en su casa se consideraba feliz...

Después, fué planchadora en casa de un célebre modisto. Pero como siempre, sus travesuras destacaban su personalidad. Por si la había o nó quemado con una plancha, peleóse con una de las modelos, a la que obsequió con una serie de elegantes puntapiés. A ella no la insultaba nadie ¿entendían?

La modelo, furiosa, sentóse en un rincón, negándose a proseguir sus exhibiciones de trajes. ¡Buen humor tenía ella!... Pero el dueño, sin contemplaciones, la quitó el empleo, diciendo que los disgustos debían solventarse en la vía pública, y no allí.

Ignoraba el modisto el origen y la responsabi-

dad de la pelea. Y como Daisy le mirara sonriente, con una vivacidad y picardía verdaderamente extraordinarias, el hombre la nombró modelo en sustitución de la despedida.



Daisy en su casa, se consideraba feliz...

El modisto, hombre afeminado, impecable y planchado como un figurín, se felicitó de la buena adquisición hecha. Daisy era realmente una gran modelo. Con gran desparpajo, desfilaba ante los clientes

de la casa, con los más ricos y extravagantes vestidos que la moda puede crear.

El juez Clarke tuvo que hacer aquello que más desagradaba a un hombre, ir de compras con las mujeres. Con su madre y su hermana, fué a casa del modisto donde Daisy hacía de modelo, y admiró, causándole viva impresión, la belleza de la joven.

Clarke, a pesar de sus treinta y pico de años, no había sentido en su vida la menor emoción de amor. Y ahora, ante esta criatura que tenía un aire de despreocupación y libertad adorables, se sentía turbado.

A Daisy no le pasó desapercibido el juez.

—Su mirada es parecida a la de Lincoln — se dijo.

Y contempló el rostro enérgico del juez, las facciones severas de aquel hombre que parecía imponer en torno de él, un círculo de superioridad. Varias compañeras le informaron de quién era Clarke.

—Un hombre severísimo... que jamás ha hecho caso de las mujeres...

Pero aquel día, al salir del taller, Daisy, no pudo olvidar el perfil de Clarke, el de aire de nobleza y de dignidad que le envolvía.

**

Federico Ketlar, afamado violinista, vivía con su hermana, y a pesar de su habilidad en componer música ligera, la armonía no reinaba en su casa. Ketlar tocaba en el cabaret "El Eco" donde una porción de hermosas muchachas se disputaban, ansiosas, sus sonrisas.

Constantemente, sostenía violentas disputas con su hermanita, de genio difícil de contentar. Una noche, llegaron los dos a casa, echando sapos y culebras.

—Me hacer caer la cara de vergüenza. ¡Es imposible! — le decía él.

—Y yo estoy harta de tus consejos estúpidos.

Comentaban los vecinos esas luchas diarias y se decían que, un día, aquello, acabaría mal.

Porque Ketlar, censuraba duramente a su hermana Adela, la conducta irregular que ésta llevaba hacía algún tiempo, pasándose las noches en cabarets, acompañada de gentes de dudosa moral.

—Si no cambias de vida — le dijo Federico una noche — me marcharé de casa. No tengo derecho a obligarte, eres mayor de edad, pero no me da la gana de que te pasees por ahí como una cualquiera.

—¿Querrás callarte?... Te juro que estoy harta de ti y de tus sermones... Me merezco todo esto por tonta... Fui una estúpida al escuchar tus consejos cuando podía casarme con Baretta.

—No vuelvas a pronunciar este nombre delante de mí...

—¿Me amenazas?...

—Velo por ti, necia. ¿No comprendes que Baretta es hombre peligroso?...

—¡Oh, qué asco!... ¡Eso no es vivir... no... quiero seguir así!...

—Acabemos... Tú deseas libertad, ¿no es eso?

—¡Completa!... ¿o es que te crees que soy aún una niña?...

—¡Oh, no!... ¡Niñas como tú... no existen...! Pero ya que quieres ser libre, me marchó de esta casa. Te pasaré algún dinero, pero nuestra separación se impone...

Y al siguiente día, Federico Ketlar, buscó otra vivienda. La vida licenciosa de Adela había relajado el cariño fraternal, y ya nada, ni nadie, lo haría unir de nuevo los dos hermanos.

Daisy Royle, continuaba la serie de sus triunfos como modelo. Muchas tardes, con insuperable elegancia, paseaba por la Avenida Wilson, adquiriendo un aire pretencioso. La acompañaba Mary, una amiguita suya, también ligera de cascos.

En uno de sus paseos, Mary encontró a su amigo Federico Ketlar, quien pronto simpatizó con la modelo. Inicióse una fuerte amistad, consagrada por los propios gustos y aficiones. Para Federico, Daisy, significaba algo más que una amiga con la que conversar frívolamente.

Unos días después, Daisy, soberbiamente vestida, acompañada de su modisto, fué al cabaret "El Eco", donde Ketlar, tocaba el violín.

—Pero ¿usted aquí? — le dijo él riendo —. ¡Y con ese traje! ¡Parece usted una marquesa!...

—¡Ca, hombre! — contestó ella, alegremente—. Mi jefe me lo presta para que lo anuncie... ¡Hay que saber vivir!...

—Pues, francamente, está usted con él, adorable...
¡Es usted tan hermosa, Daisy!...

—Mire, voy a sentarme, que mi jefe se impacienta...

Y envolviéndole con una amable y fina sonrisa, se



—¡Ca, hombre! Mi jefe me lo presta para que lo anuncie.

dirigió a su mesa. Pero de lejos, mientras él, hacia verdaderas filigranas con su violín ella le miraba, con significativa cordialidad.

Más tarde, en uno de los bailes tocados por la otra orquesta del cabaret, Ketlar, se acercó para bailar con Daisy.

El modisto intentó rechazar a este adorador.

—La señorita no baila, ¿sabe?...

—¿De dónde ha sacado usted eso? — respondió Daisy, con sorna —. ¡Precisamente el baile es mi afición favorita!

Y colgándose del brazo del músico, se perdió entre las numerosas parejas que giraban a los acordes de una música de sensualidad enfermiza.

En aquel cabaret, donde la locura y el placer se unían para aturdir a los humanos, entró, en su afán de investigarlo y observarlo todo, el rígido juez señor Clarke. Le acompañaba un amigo suyo, ya versado en las andanzas por el mundo galante.

La música lánguida, las mujeres medio desnudas, los grandes y mezclados perfumes que llenaban el ambiente, las soberbias luces, las suntuosas joyas, todo ponía de malhumor al implacable funcionario...

—Estas gentes — dijo — son una amenaza para la humanidad. ¿Qué mundo puede salir de todos estos salvajes vestidos?...

—¡Acaso tenga usted razón! Pero se morirían si no pudieran hacer eso. Lo llevan en la sangre... si les quitaran el placer... creerían haber muerto.

—¡Mejor!... ¡Es necesario que desaparezca lo malo!

Terminó el baile. Daisy, alocada y juvenil, aplaudía rabiosamente para que repitieran el número.

—¡Más!, ¡más! — gritaba...

Hallábase, acompañada de Ketlar, frente a la mesa que ocupaba el juez.

—Sí — repitió Clarke—Esas jóvenes tan frívolas, son la desgracia de la humanidad.

Al oír esto, Daisy volvió la cabeza, encontrándose con la mirada severa y clara del juez. Sintióse nerviosa, pero queriendo disimular su turbación, gritó:

—¡Más!... ¡más!... ¡otro baile... venga!...

La contempló Clarke con melancolía, lamentando que aquella muchacha que tan honda impresión le

causara anteriormente, fuera una de esas chicas que él condenaba con tanta dureza.

Daisy, sin saber por qué, deseosa de hacer daño al juez, repitió sus exclamaciones de alegre desenfado, hasta lograr que la música atacara de nuevo un baile enloquecedor... Pegada muy junto a Ketlar, le miraba con ojos implorantes, gozándose en el sufrimiento de Clarke... ¡Que se fastidie, diablo!... ¡Hay que dar a la juventud, alegría!... Pero... ¿cómo diablo estaría allí el buen señor?... Alguna mala compañía, de seguro... Pero su carácter parecía contrario a la diversión.

En días sucesivos, la amistad entre el músico y Daisy se hizo más viva e interesante. Los padres de Daisy fueron a vivir en el piso superior al que ocupaba el violinista, amueblando con chavacano gusto, sus espaciosas habitaciones. No hay que decir que ninguno de los muebles estaba pagado, el señor Royle hacía así las cosas. Además le gustaba tanto el "whisky" que su mayor entusiasmo era tratar con "ingleses"... ¡Cuestión de aficiones!

Una noche, después de su trabajo en "El Eco", Ketlar regresó a casa con Daisy. Aunque la muchacha se oponía, él insistió para que fuera a su piso.

—¡Sólo un momento!... Quiero que oigas un "jazz" que he compuesto en tu honor...

—Si es por poco rato... porque en casa estarán ya impacientes...

—¡Tú verás!... ¡Ni volando!

Ketlar encendió las luces del salón y sentóse ante el piano...

—¡Lo he escrito pensando en ti... en tus ojos!...

—¡Mala inspiradora buscaste!

—¡Al revés! ¿eh?... ¡Escucha!

Y dejó oír los acordes de uno de tantos bailes

nuevos, del mismo ritmo, sin grandeza ni verdadera inspiración.

Daisy arrugó el entrecejo. En su alma, aparentemente frívola, se escondía, al parecer, un verdadero gusto artístico.

—Que tal ¿te gusta?...

—¡Sí... no está mal del todo!... Pero yo esperaba de ti, algo distinto, un poco de música grande, como aquella que tocan de ópera, en el parque, todos los domingos...

—No me disgusta la idea... Mas yo no tengo tiempo para hacer eso... Y dime... Daisy... ¿no premiarías mi serenato con un beso?

—¡No eres nadie pidiendo!... No, no, recuerda que tu concierto es gratuito... Y adiós... ¡buenas noches!

El quiso detenerla, pero Daisy, hábilmente, salió del piso, subiendo a su hogar.

Casi instantáneamente, la sonrisa del violinista desapareció, adquiriendo su rostro, vaga gravedad.

—No me acordaba... ¡caramba!... ¡Voy allá!...

Y salió a la calle... Daisy, desde su cuarto, sintió ruido, y le extrañó la inesperada actitud del joven.

Ketlar se dirigía a casa de su hermana que le había pedido dinero. El músico le daba con frecuencia cuanto ella exigía. Más, ¡Que le dejase tranquilo!

Adela Ketlar había ido descendiendo hacia el fondo de la depravación. Enamorada ahora de Baretta, jefe de una banda de apaches, que no retrocedía nunca ante el asesinato, le esperaba en su casa. Por primera vez, el cauteloso bandido la visitaba aquella noche, en su hogar, a escondidas de María, su amante, una mujer extraordinariamente celosa, capaz de matar a una posible rival.

Adela acogió amorosamente al bandido. Llevaban

media hora platicando, cuando llamó María, con los ojos enrojecidos por el furor.

— ¡Me lo dijeron, Baretta! — empezó ella. — ¡Tú bien sabes que eres mío!... ¡y de nadie más... de nadie más!... ¡Y ya nos estamos marchando de aquí inmediatamente!... ¿Pues qué se había usted creído, Adela?... ¡Baretta es para mí!...

— Eso lo veremos — contestó la joven, amenazadora. — ¡Mala mujer!...

Baretta se sonrió al contemplar a aquellas dos hembras celosas, prontas a acometerse por él... Ciertamente, su preferida era María, a la que le unía una pasión de muchos años... y de muchos secretos... En cuanto a Adela... no era mal bocado, pero por su causa, no quería disgustos... ¡Mejor era marcharse!...

La disputa fué cortada por el timbre de la puerta. Adela salió al pasillo y por la mirilla, descubrió a su hermano.

— ¡No gritéis! — dijo a sus visitantes — y cerró la puerta, para evitar que el Federico se apercibiera de algo.

— Vengo a traerte el dinero — le dijo Ketlar, una vez franqueada la puerta. — Ten ese cheque... ¡y que te vaya bien!...

— ¿Te vas ya? — preguntó ella mirándole con desdén y acariciando el cheque.

— Te dije que deseaba evitar el menor trato contigo... ¡Aquí no tengo nada más que hacer!...

Y salió. Esta vez en la escalera no encontró a nadie. En cambio, al subir los vecinos de la puerta frontera, le habían mirado con curiosidad. ¡Y eso le disgustaba!... ¡Su hermana estaba tan mal considerada!

Cuando Adela entró de nuevo en la salita, Baretta, le dijo:

— Lo siento, mujer, pero tengo que irme con María...

— ¿Tú?... ¡Estás loco!... ¡No te moverás de aquí!... ¡Qué se vaya ella sola... la grandísima sinvergüenza!...

— Poco a poco con la lengua, joven — dijo Adela mostrando unos feroces dientes. — ¡Que si yo empiezo, la voy a dejar apabullada!...

— Mis puños contestarán... ¡maldita!...

La discusión se agriaba, transmitiéndose su eco por todo el edificio. El matrimonio vecino que, tranquilamente se hallaba escuchando un concierto radiotelefónico, comentó:

— Es su hermano... ¡Cualquier día va a matarla!...

María y Adela parecían prontas a acometerse. Baretta, cogiendo el sombrero, dijo:

— Bueno... no te disgustes, Adela... y hasta otra...

— ¡Es que no te irás!... — rugió la joven.

— ¿Podrás tú impedirme?...

— ¡Y en el acto!... Si sales con esa... mala mujer, te juro que abro la ventana y empiezo a decir qué clase de hombre eres... Enumeraré tus delitos, tus robos, tus crímenes... ¡lo sé todo!...

— ¡Estás loca! — respondió, Baretta livido. — ¡Completamente loca!...

— ¡Déjala ya! — gritó María. — ¡Qué te vaya bien, fiera!...

Fueron a salir, pero Adela, decidida y violenta, corrió a la ventana con ánimo de abrirla. Trás ella, se abalanzó Baretta, con el corazón enfurecido de ira.

— ¡Cuidado, niña! ¡No me conoces tú bien! ¡Cállate si quieres conservar la vida!...

— ¡Ya no me importa la vida, si tú te vas! — gritó Adela.

—Ten calma, y no alborotes, sabes... si no... — y la amenazó, y sus ojos se clavaron en los de ella como el filo de un puñal.

Se encaminaron de nuevo hacia la puerta, y Adela, volvió al balcón, dispuesta a abrirlo.

—Puedes marcharte... ¡pero ahora mismo pregona-
ré a los cuatro vientos que eres un bandido!...

Enfurecida, fué a abrir la ventana. En su rostro se marcaba la decisión implacable de perder a Baretta. Este lo comprendió así. Y rápido, empuñó un revólver, disparando casi a quemarropa contra Adela.

Un segundo, después la muchacha, se desplomaba para siempre.

—¡Lo tiene merecido! — rugió el apache. — ¡Y ahora... silencio... y vámanos!...

Y salieron a la escalera, pausadamente, hablando con indiferencia, por si alguien les sorprendía.

Pero el disparo resonó por la casa, causando la consiguiente emoción. El matrimonio que en aquel momento, escuchaba una retransmisión de Los Angeles, titulada "Hogar, dulce hogar"... salió a ver lo ocurrido.

Otros inquilinos se agolparon también ante la puerta. Penetraron en el piso, descubriendo a Adela, muerta, y bañada en sangre.

—¡Avisad a la policía!...

Poco después se presentaban los agentes. La joven aprisionaba en una mano el cheque de Federico Ketlar.

—¿Quién es ese? — preguntó el inspector.

—¡Su hermano!... Lo hemos visto entrar hace poco... ¡Se disputaban siempre!... ¡La había amenazado muchas veces!

Y dieron amplias noticias de los frecuentes altercados. ¡Estaba todo explicado!... ¡Federico había dado muerte a su hermana!... Y tres agentes se

encaminaron hacia el domicilio del joven, dispuestos a detenerle... No había allí ningún misterio... ¡Un crimen, claro como la luz!

Federico había regresado del domicilio de su hermana distante, pocos metros del suyo. Pero antes de entrar en su casa, subió al piso de Daisy y habiendo visto luz, entró en él.

Daisy y su padre, en aquel momento, escuchaban un concierto radiotelefónico de Los Angeles. "Hogar... dulce hogar..."

—¿Se puede... señores? — preguntó el músico.

—Adelante... adelante...

—He venido un momento a saludarles, antes de acostarme... Además: no tenía aún el gusto de conocer a su padre de usted... y lo deseaba...

—Se agradece, amigo — dijo el papá de Daisy, que apenas podía sostenerse en pie.

Aquel día con varios amigos, se había entregado al dulce placer de la prohibición. Embriagado como una cuba, no estaba dispuesto a realizar muchos cumplidos.

—Celebro conocerle joven... pero... tengo que retirarme... no me encuentro muy bien...

Y sin poder disimular la terrible borrachera que le hacía tambalearse, se encerró en su dormitorio, donde su mujer dormía ya a pierna suelta.

—No le hagas caso... papá es así... Hay días que le da por beber... y eso es terrible...

—Vaya... a mi también me dan ganas de beber...

—¿Quieres agua?...

—¿Agua?... Va... aquí tengo la fuente... tus labios...

Y la besó con pasión, saboreando el caño fresco de su boca. Ella, disgustada, le rechazó, con toda su fuerza.

Ketlar topó al ser empujado, con una puerta, dándose un fuerte golpe en la frente.

Daisy, mimosa, preguntó:

—¿Te has hecho daño?... ¡Te ha quedado una señal!...

—No... pero... ¿me perdonas?...

—Sí... Te perdono... anda... ahora a descansar... es muy tarde...

Le vió desaparecer y lanzó un suspiro. A pesar de la simpatía que le inspiraba ese joven, comprendía que no vibraba su corazón por él con ese grito único, con esa voz sagrada que indica la presencia del amor. Y casi sin querer, se le aparecía el rostro firme de Clarke, que le recordaba al de Lincoln, aquel grande hombre que ella adoraba tanto...

Metióse en el lecho... Llevaba poco rato en él cuando le despertó el rumor de voces y pasos cercanos. Asomóse a la ventana, descubriendo a varios policías.

—Vienen a buscar a papá — se dijo — como debe todavía los muebles...

Y vistiéndose prestamente, salió a la escalera para averiguar la verdad. Pero los agentes, llamaron a la puerta de Ketlar... La muchacha, tembló, sobrecogida. ¿Qué habría ocurrido?

Ketlar tórnese lívido al abrir a la policía.

—¡Ha sido asesinada su hermana!... ¡Y usted es el criminal! — dijo brutalmente uno de los inspectores.

—¿Mi hermana?... ¡Dios mío!... ¡No es posible!... ¡Están ustedes en un error!

Pero la actitud de la policía, su severidad, le confirmaron el gravísimo peligro en que se encontraba.

—Usted es el asesino... Todas las pruebas recaen



—¿Mi hermana?... ¡Dios mío!... ¡No es posible!... ¡Están ustedes en un error!

sobre usted... Y además este golpe en la frente... ¿no significa lucha? ¿no es un indicio más?

Atraída por los gritos y el miedo, Daisy entró en la habitación de su amigo. Al saber de que acusaban al músico, le defendió:

—Esta señal se la causó en mi casa, hace un momento. — El es inocente... ¡inocente!...

—¡Ah! ¿también cómplices?... ¿Conque usted es

la amiguita del asesino? ¡Admirable!... ¿Veamos usted sabe a qué hora salió Ketlar de su casa?

Ella negaba, apretándose, miedosa contra el músico. Pasó por su imaginación la misteriosa salida realizada por su amigo, pero como Ketlar, inducido por el pánico, había declarado que no salió de su



—¿Conque usted es la amiguita del asesino? ¡Admirable!

casa, después de media noche, ella confirmó esta declaración:

—No... no salió en toda la noche...

—Le digo que no salí de casa — repetía Ketlar. — Vine directamente del cabaret y me metí en cama...

Los policías, convencidos de la culpabilidad de los

dos, les separaron, estrechándoles a preguntas. Ella furiosa, insultaba a los agentes con violentos epítetos... La cosa quizás hubiera llegado a tener consecuencias, si en aquel momento, no hubiese aparecido el juez Clarke que había ya estado en la casa del crimen y venía ahora a interrogar al agresor.

Al ver a Daisy, quedó mudo de estupor... ¡Aquella mujer allí!... Ella, al reconocerle, dió un grito de esperanza...

—Señor Clarke — le dijo — estoy dispuesta a contárselo todo —. Si usted quisiera oírme... aquí no...

—Hable...

Fueron al piso de Daisy. Ella con ingenuidad confesó que había visto salir a Ketlar, pero que le consideraba incapaz de haber asesinado a su hermana. Además, ella estaba muy disgustada con los guardias... ¿Es que la creían cómplice, acaso?... ¿Verdad, señor Clarke que iban a ponerles a los dos en libertad?...

Pero el juez, acallando la voz de su corazón, sintióse, por encima de todo, servidor de la justicia.

—Desearé que queden ustedes libres... Hoy no puedo... Pasarán la noche en el juzgado...

—¿Es que me detiene usted por crearme complicada en el asesinato?...

—¿La ley rige mis actos, señorita!...

Pero, interiormente, en su alma la tormenta vibraba, llena de intensidad. ¡No, no era posible que aquella mujer hubiera cometido un delito!...

Daisy, necesitada de auxilio y cordialidad, entró en el cuarto de sus padres. La madre, enferma y débil, dormía profundamente... Ella, despertó a su padre, que se hallaba en el primer sueño de la embriaguez. Pero, le rechazó con fastidio, volviendo a entregarse al reposo... Y la pobre muchacha, enloquecida, siguió al juez.

Entraron de nuevo en el piso de Ketlar.

—Ella misma ha confesado que usted ha salido esta noche — dijo Clarke.

—¡Mentira... mentira!...

—¡Es inocente... inocente!... — decía ella. — A la hora en que se cometió el crimen, él estaba conmigo, en un concierto de radio...

—Precisamente, según me ha contado un vecino, el tiro sonó en el momento en que la radio cantaba una canción de "Hogar" — dijo un policía...

La inocencia de Ketlar apareció clara a los ojos de Daisy.

—¡Oh, cuando cantaban esa canción él llegaba a mi casa!... ¿No quieren ustedes creerme?

La severidad del rostro del juez le dijo que no había esperanza...

Aquella noche la acabó de pasar Daisy en el juzgado... Al siguiente día, el padre de Daisy, sereno ya, fué a interesarse por su hija, acudiendo también el modisto donde ella prestaba sus servicios, y un abogado.

El juez, después de estudiar cumplidamente el asunto, decretó la libertad de Daisy. Se había convencido de que ella, no era culpable... Pero en cuanto a Ketlar, todo le acusaba. Y dictó contra él, auto de prisión.

Unos meses más tarde, se celebraba la causa contra Federico Ketlar. El Tribunal, bajo las pruebas abrumadoras que caían sobre el procesado, le condenó a la última pena...

La madre de Ketlar y Daisy asistieron a la causa. Y el pobre muchacho, loco de terror, no se resignaba a morir siendo inocente... Las visitas de Daisy eran el único consuelo del infortunado.

Daisy estaba convencida de la inocencia de su amigo... Eran pruebas morales, pero que bastaban a su conciencia. A la misma hora en que Adela era asesinada, Ketlar se hallaba en casa de Daisy. ¿cómo pudo ser, pues, el asesino?... ¿Pero a quién acusar, entonces?

El destino debía favorecerla. Baretta en su guarida, había recibido la visita de uno de sus cómplices, comunicándole que un individuo de la banda, llamado Considine que estaba resentido con el jefe, le iba a traicionar.

—Tiene intenciones de ir al juez del distrito para mezclar a usted en el caso Ketlar...

—¡Mátale! — ordenó simplemente Baretta.

Poco después, en plena vía pública, el cómplice asesinaba al posible traidor. Un automóvil protegía su huida.

Pero no todo se acababa con Considine. Un íntimo amigo de éste, ofendido gravemente con Baretta, se dispuso a vengar su muerte. Y como por la prensa conocía las gestiones que Daisy realizaba en pro del

infortunado, un día, se acercó a la joven en la calle, y le dijo:

—El asesino de Adela fué Baretta...

Otro de los esbirros del jefe, Smart, vió la maniobra y se dispuso en lo sucesivo a vivir, alerta. Era necesario tener cuidado con Daisy Royle.



Las visitas de Daisy eran el único consuelo del infortunado.

La joven se dispuso a luchar contra Baretta. ¡Comenzaba a hacerse la luz en las tinieblas!... Y requirió el auxilio, de Marcos Oliver, un periodista-amigo suyo, para ponerse en campaña. Marcos sabía que clase de sujeto era Baretta, y combinaron un plan para salvar a su amigo.

Baretta acostumbraba reunirse en el cabaret "El

Templo de Tutankamen". A la siguiente noche, Daisy, vestida elegantemente, con una peluca rubia, entró con Marcos en el cabaret. Era para todos "Mademoiselle Anita" que iba a debutar en el local.

Marcos, llamándose empresario de la artista, logró que gratuitamente, Daisy pudiera bailar en el music-hall. El éxito de la joven fué asombroso.

Baretta que se hallaba con su amante María, y dos amigos, quedó deslumbrado ante la belleza sugestiva de la francesa.

Ella desfiló ante las mesas recibiendo los aplausos de todos. Acercóse al lugar donde estaba Baretta y sonrió picarescamente. El bandido se estremeció de júbilo.

—¡Siéntate, hermosura! — le dijo.

Ella obedeció, y los dos comenzaron a hablar. Baretta la miraba codiciosamente, admirando los tesoros de aquel cuerpo espléndido y juncal. Ella, maestra en el arte del disimulo, dejaba hacer, contenta de que todo fuera tan bien.

—Mañana te aguardo en la posada de "El Jabalí" — le dijo el bandido. — Pasaremos la gran noche...

—¡Iré!...

Las insinuaciones de "Anita" exasperaron a María que, ya mujer otoñal, odiaba a las jóvenes que podían ofrecer con ventaja la primavera de su amor.

—¡No hables más! — le gritó. — ¡Piensa que yo no soy ninguna de la Ketlar! — rugió.

Este nombre estremeció a todos... Los ojos de Daisy brillaron. ¡Las sospechas se confirmaban!

María, comprendiendo el mal efecto que habían causado sus palabras, aclaró:

—He hablado en broma... ¡claro está!... pero me molesta que hagas eso...

Daisy se despidió de Baretta prometiéndole que

no faltaría a la cita... Luego, marchó con Marcos, y los dos comentaron y forjaron planes para el otro día... Se acercaba el momento decisivo.

A la noche siguiente, Daisy y Oliver se dirigían a la posada de "El Jabalí". La muchacha había previamente advertido al juez Clarke que aquella noche



Baretta y Daisy ocuparon otra mesita...

no se separara del teléfono, pues seguramente podría darle la verdadera pista del asesino de Adela.

Baretta esperaba impaciente el momento de la llegada de "Mademoiselle Anita". La había electrizado aquella mujer y suspiraba por verla junto a él.

En la posada, verdadero refugio de bandidos, reinaba una alegría desbordante. Baretta comenzaba a impacientarse ante la tardanza de "Anita" cuando

la vió aparecer, más hermosa que nunca, con una sonrisa todavía más insinuante y tentadora.

—Por fin has venido... ¡Te esperaba!...

La presentó a las concurrentes de "El Jabalí" ponderando sus méritos y su belleza. Marcos, que pasaba como empresario de la artista, sentóse a una mesa, ocupada por muchachas alegres y complacientes.

Baretta y Daisy ocuparon otra mesita. Uno de los secuaces del bandido, llamado "El Gorila", un ser verdaderamente repugnante, tomó asiento junto a ellos. Sus ojos parecían clavarse en los de Daisy, suspirando por la pasión de esta mujer. Pero un gesto duro y brutal de Baretta, obligó a "El Gorila" a apartarse contra su voluntad.

Daisy esperaba la oportunidad de conquistar a Baretta con el vino para obligarle a confesar su crimen. Le repugnaba este hombre, pero le sonreía con la ley forzada de la necesidad. Hubiera conseguido que el apache, aturdido por la emoción del amor, hubiera vendido su secreto, si en aquel instante no se presentara María, pálida y enfurecida por los celos.

—¡Vaya con "Anita"! — gritó. — ¡Te las echas de lista pero conmigo, no puedes! ¡A la calle!

—¡A la calle yo! — gritó Daisy. — ¡Usted está loca! ¡El me ha invitado y estoy aquí con todos mis derechos!

—¡Pues quiero sacarte, perra!

Y la zahirió brutalmente, pero Daisy, cuyo carácter nada tenía de pacífico, lanzóse contra María.

—¡¡María!! — rugió, Baretta, furioso. — ¡Hasta cunado serás mi sombra, mi eterna persecución?... ¿Es que no puedo yo invitar a quien me dé la gana?...

—¡Ya sabes que no, que te tengo bien cogido... que eres mío!...

—¡Calla, calla, perdición mía!...

—Lo diré todo, si no cambias de conducta. ¿Es que me has tomado por tonta?...

Discutiendo acaloradamente, María subió a su cuarto. Baretta, miedoso, temiendo que aquella mujer hiciera alguna de las suyas, fué en su seguimiento.

Daisy se decidió a espiarles. Tal vez la propia María confesara toda la verdad. Dijo a Oliver que telefonara a la policía, mientras ella, procuraba desenmascarar a los culpables.

Con el pretexto de empolvarse la nariz, brillante por la lucha anterior, Daisy entró en una de las habitaciones reservadas, frontera a la alcoba donde María y Baretta estaban discutiendo.

Escuchó toda la conversación. Le estremecieron las palabras de María, pronunciadas con siniestro acento:

—¡Te digo que yo no soy ninguna Adela Ketner!... ¡A mí no me matarás como a ella!

El alma de Daisy se estremeció. ¡La verdad, la verdad! ¡Baretta era el asesino! Pegada al muro, seguía escuchando con avidez, esperando el momento en que llegara la policía, cuando la puerta se abrió apareciendo la innoble figura de "El Gorila".

—¡Oh, qué suerte! — dijo el bruto con ronca voz. — ¡Está usted sola!... Nadie podrá molestarlos ahora... ¡Si viera como sueño con su amor!...

Ella lo olvidó todo para defenderse del sátiro. Le daba horror ese hombre que adquiría al lanzarse sobre ella una actitud felina. Inicióse una lucha salvaje, pero corta.

Un criado había llamado a Baretta advirtiéndole que "El Gorila" había penetrado con aire poco tranquilizador en el cuarto donde estaba Daisy. Baretta

que de un puñetazo había derribado a María sobre la cama, después de sostener con ella un altercado terrible, corrió a la habitación donde Daisy pugnaba por escapar de los instintos del otro rufián.

Entró Baretta acompañado de un amigo suyo, Smart, el esbirro encargado de vigilar a Daisy.

"El Gorila" dejó a Daisy al ver llegar a su jefe. La muchacha, se había desplomado al suelo, y en la liza, acababa de caérsele la peluca rubia, mostrando sus negros cabellos.

—¡Oh — gritó Smart —, es Daisy Royle, nuestra enemiga!...

Los tres retrocedieron con inquietud... ¿Venía aquella mujer a espiarles? Y corrieron en su persecución. Pero Daisy, con la agilidad juvenil del antiguo pillote de la calle que había en ella, logró huir, abriendo una puerta de escape y penetrando en la alcoba donde María seguía desmayada.

Cerró con llave, y corrió al teléfono advirtiéndole a Clarke el inmediato peligro. El juez que estaba sumiso en hondas preocupaciones, se dispuso a salvarla prestamente.

María había vuelto en sí, y al ver a la rival en su propia habitación, cogió un puñal y comenzó a perseguirla. Entretanto, Baretta y sus cómplices, con auxilio de instrumentos cortantes, hundían las hojas en la puerta. ¡Era necesario detener a Daisy si querían salvar la piel!

Daisy, abriendo una ventana, se dispuso a hacer lo imposible para intentar la salvación. Una escalera olvidada por un pintor y que conducía a la casa de enfrente, le sirvió para huir de sus enemigos. El paso fué emocionante, y peligroso, pero logró finalmente verse libre de la persecución.

—¡Hay que detenerles! — se dijo. — ¡Si no Ketlar está perdido!...

Oliver, el periodista, comprendiendo que algo malo había ocurrido a Daisy a juzgar por su tardanza en bajar, quiso reunirse con ella. Pero los secuaces de Baretta, creyéndole cómplice de la muchacha, lo amordazaron, arrojándolo a un siniestro sótano de la posada.

Como si la Naturaleza protestara contra los bandidos, comenzó a desencadenarse un violento ciclón que arrancó de cuajo árboles y postes telefónicos, derribando en su fuerza impulsiva las frágiles casas de madera de la comarca.

Daisy saltó a la calle. Un viento helado la impedía respirar. "El Gorila" y otros bandidos que la vieron huir, cayeron sobre ella, y a pesar de su resistencia heroica, la fuerza del número la obligó a rendirse.

Fué encerrada en el mismo sótano, donde estaba Oliver.

—¡Vais a morir los dos! — dijo Baretta.

Iba a disparar su revólver contra ellos. María y los cómplices sonreían con malévolas expresiones, gozándose en el fin trágico de los inocentes. Baretta iba a darles muerte, cuando escuchóse un terrible retemblar de maderas, las paredes de la posada se vinieron abajo, enterrando a todos bajo sus escombros.

Poco después, llegaba Clarke con una sección de policías... Procedió a buscar las víctimas, temiendo por Daisy, y a aliviar la suerte de tantos infelices como allí habían sido heridos a consecuencia del ciclón.

Baretta y María encontraron su fin bajo el peso trágico de la Naturaleza enfurecida. El bandido confesóse autor del crimen poco antes de morir, entre estremecimientos agónicos. ¡La ley quedaba satisfecha!

Daisy y el periodista pudieron ser extraídos con

vida. Clarke no pudo reprimir un sentimiento de gratitud ante esta joven moderna que ayudada por su amor a la justicia, había realizado el gran bien de descubrir a los verdaderos culpables de un crimen cuyo epílogo era la condena de un inocente.

—Daisy — exclamó, acariciándola — hasta ahora no había creído en usted... ¡Hoy sí!... Tras la muchacha frívola y alocada que yo veía en usted, vibraba un corazón de oro, un alma pronta a todos los sacrificios...

Daisy le miró sonriente, contemplando al hombre que se parecía a Lincoln, el inmortal americano que proclamaba que el derecho, era la fuerza.

—¡Clarke!... — murmuró — ¡Siga usted hablándome!... ¡Este cambio que veo en usted, me hace tan feliz!...

El juez parecía otro. Todas sus teorías se venían abajo. Clarke, que había odiado a todas las gentes que no eran de su Estado, ahora, al ver que muchos forasteros se desvivían para atender a los infelices que el ciclón había dejado sin albergue, comprendía la equivocación de sus ideas... El, que odió a las muchachas que le parecían frívolas y necias, había recibido una lección de aquella Daisy que quiso enmendar un yerro de la justicia... ¡Estaba vencido!... ¡Pero su vencimiento le daba la alegría del amor!...

Ketlar fué puesto en libertad. Conmovióse hondamente al conocer los desvelos de Daisy por salvarle... ¡Qué lástima no poder casarse con ella!... Pero estaba el juez por en medio, el hombre que Daisy había elegido como el dueño de su corazón.

Y a falta de ella, Ketlar, el violinista, encontró consuelo en sus múltiples admiradoras de "El Eco", mientras Daisy y Clarke se casaban y emprendían la ruta ideal del amor.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La gran comedia dramática

La Horda Maldita

Creación de los célebres artistas

**Jack Holt, Lois Wilson, Noah Beery,
Raymond Hatton, etc.**

Postal-regalo: JULIA FAYE

La Novela Film sale todos los martes - **30 cts.**

UN ÉXITO ENORME

ha obtenido el 5.º libro de las

EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematográfica

EL COCHE N.º 13

Versión moderna de la célebre novela de
Xavier de Montépin

Creación de la gentil **LILI DAMITA**

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica
con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !